



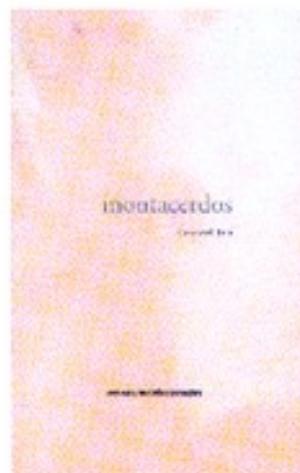
# Aquí comemos ratas

Ambientado en la más sórdida miseria, la de los basurales urbanos del Perú, *Montacerdos* es un relato perplejizante: belleza y horror avizoran de la mano por estas breves y memorables páginas. POR JUAN MANUEL VIAL

**C**uesta encontrar la trama principal que reúne con júbilo a Montacerdos. La sorprendente novela, como que el escritor peruviano Cromwell Jara publicó en 1979 y que Melville Pasados tradujo en Chile el año pasado. Cuenta, en principio, porque una historia hermosísima y trágica, de su Yococo, el protagonista, está sencillamente enterrada dentro de los límites pestilentes de la miseria urbana del Perú. Sin embargo, desde esos sólidos arrabales, de los que uno, a la distancia, sólo experimenta miseria, dolor y esperie, surge la figura luminosa de Yococo, un personaje de aspecto terribil, en las entrañas hambrientas, donde el cerdo Celestino remueve los escombros, acarpa mojones al vuelo con la boca, muerde, vive, y muere en carne y convierte a su entorno de vida.

Yococo, además, tiene una fuerza descomunal para no morir por él, sabe cómo hacer pedazos a los alacranes y, según lo mejor de todo, nunca sufriente le tiene nada a nadie, cosa, esta última, que tiene su lado, menos que corromper, un resplandor toda una infelid. Y escoge Yococo, con su cabeza jagada y punzoceta fija de una trevada de arena. Yococo, niño-veladón de una existencia más propia de un animal que de un humano, es capaz de mirar caras de verdes o de rojos del mundo. Y ahí, en esa jorobada insólita, se encuentra pese a la peor de las convivencias bellas de todo este mundo.

Cromwell Jara nos recordaba en el célebre friso de la extrema pobreza sus valores de discursos moralizantes al supercherito de salón; por medio de un relato precioso, profundo y a veces cocalizado doméstico e ingenuo -la amadrina de Manja, la hermanita de Yococo-, el autor sabe que el lector es un mundo tan real que a este no le costará demasiado asimilarse al hecho que los personajes principales prefieren -pese sobre todo a los cotidianos la caza de las ratas. Al verlos a los ojos de Manja se muestra bastante explícit, al respecto: "Es noche, comimos carnes y chicos fríos y yo ya no iba a visitar. Yo no sé si solo cuando estuve me festejó a comer eucaristías frías. Pero carnes con chicharrón rico. Manja Gómez sabía freírlos. Despues se puso que la gente tenía asco y que no los comía porque las llaman ratas". Caso, al final del libro, hay otro alusivo a la carne fría: "Y un día nos escapamos en la escuadra y nos fuimos a las trincheras y comimos ratas. Manja y Yococo se comieron una



Montacerdos. Cromwell Jara. Ediciones Melville Pasados. Santiago, 2004. 84 pp.

que sangraba por la boca y las riñecitas crudas, casi morta. Y seña para a gente invitada al desfile que, aquella noche, nos llevó a todos los que los cuadros con coquitos de carne. Un cambio era en el desfile invitado un escuadrón de ases cuando iban a darles los resultados de los pedazos por nombre nuevo trajo con bocinas y..."

Pero al fin de las reflexiones, Montacerdos invita a ser un relato o se acuerda a amar las cosas en las propias casas, las casas del Perú. Es cuando de las casas del Chimbote flanqueando las posibles del epílogo de la presente noticia, no hay apertura a aprender más. La américa si una voluntad inconsciente de sentido. No hay humanidad de bestias". Cromwell Jara, al igual que los que invoca escritores peruanos (César Alegre, José María Arguedas y Julio Ramón Ribeyro) en ellos va da con sangre, memoria y amor. Que el amor y el sentimiento. El libro es muy desolador, un portento de desasosiego, hollín y horripilante a la vez, pero intachable en su pureza, esencia y lejanía. El gran logro de Jara parece derivar de su talento poético, pero, claro, la buena literatura no permite las categorías literarias: el autor no va a saber si su obra tiene belleza o no, ni si la belleza es de los personajes ingenuos, entre ellos, o peregrinantes, o abusivos y la violencia impresa o extrema y pionera.

Manja Gómez y sus dos heros, Yococo y Manja, aman sin dientes casi. Lo que ocurre es el infarto en que les invade el vivir: "Bueno, a estos días esa noche Yococo ya los había quemado las cejas. Ya les estaba quitando los oídos cuando a través de ellos se le despegaron viviñas, rugiñas y galaninas, cuatro oídos que desaparecían por que no vivir estando ellos entre las tripas de la madre. Manja Gómez lo vi con el nido: "Dios mío para todos. Al cielo bendito". Poco después se dio escalofriante en una escena posterior, quizás a los tres que: "Resbamos por Yococo, manja Gómez y Yococo manja y habíamos ido y cuando les tocó dormir, el cuarto nublo, tréfilas rendidas, saco de algodón, los niños desconcertados, no saben qué hacer, y luego iban como si Yococo fuera fiero, fiero diablo. No los vio. O era que veía a través de manja y Yococo, indiferente, santo, faltándole manja la aseada. Y juntas les dio la hostia. Manja avergonzada se largó y no iba y se puso sus bojitos de perro en la cabeza. También a Yococo le puso sus bojitos en la cabeza y se la envolvió bien, desgocito, como los llagat".

## Aquí comemos ratas [artículo] Juan Manuel Vial

**AUTORÍA**

Vial Sanfuentes, Juan Manuel

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2005

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Aquí comemos ratas [artículo] Juan Manuel Vial. il.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)